

HERNÁN LARA ZAVALA

# Al filo del bosque

Su hijo está muerto, señor Farías, muerto. Perdóneme por soltárselo así, abruptamente, sin ambages y sin consideración, pero no quiero, no puedo mentirle y si he de confiarme a usted, como espero hacerlo, es necesario que sea directa y absolutamente franca. Está muerto. Muer-to. Lo demás es mera cortesía. Lo principal lo sabe ya. De usted depende ahora si continúa leyendo esta carta o la desecha para concentrarse en su dolor, que no será poco.

El inicio de nuestra tragedia se remonta a poco más de un año, una noche en que me desperté sobresaltada. Escuché una voz y abrí los ojos. Sé que es muy común confundir la lámpara o el perchero con alguna figura humana suspendida por los aires pero ése no fue mi caso. Yo no vi a nadie; sólo escuché que alguien, una presencia, me hablaba con voz neutra, insistente, persuasiva, a veces indiscreta, a veces obscena, pero que invariablemente terminaba profiriendo blasfemias. Al oírlo por primera vez durante esa noche quise gritar, moverme, pedir ayuda —pero no pude: me encontraba en uno de esos estados de rigidez que preludian un ataque de epilepsia o la posesión diabólica. A mi lado, Raúl, su hijo, dormía profunda y tranquilamente. Empecé a sentir cómo aquella presencia me buscaba. Un aire frío soplaba a través del vidrio de la ventana en tanto que la voz aquella me decía no sé cuántas barbaridades. Aunque yo me negaba a escuchar, sus palabras me producían vértigo. Hice un enorme esfuerzo y con mi pie logré tocar el de Raúl. Me fui acercando a él en lo que me pareció un larguísimo trayecto y al fin pude abrazarlo, pude gritar. Calma, calma, me pidió Raúl.

Ya estoy bien, contesté, ya pasó. Me estreché contra él, apoyé mi rostro contra su pecho e intenté conciliar el sueño pero tuve la sensación de haber quedado prisionera, señor Farías: era yo una prisionera a los veintiséis años de edad.

¿Pesadillas?, me preguntó Raúl a la mañana siguiente. Según la costumbre que habíamos establecido, yo le contaba a Raúl mis sueños durante el desayuno. A medida que le relataba lo que había soñado sentía que me quitaba un peso de encima y que él me ayudaba a sobrellevar mis vivencias nocturnas. Esa mañana, sin embargo, sólo le confié que me había despertado con miedo. Le pedí que me pasara el café. Me corrigió: el té, querrás decir. Perdón. el té. ¿Miedo a qué?, inquirió él. A alguien, a una voz. Desvíe la conversación: pásame la miel, por favor. Perdón, corregí, la mermelada. Raúl me miro con extrañeza: ¿a quién?, preguntó. A una voz, ya te dije —comenté un poco molesta. Raúl tomó las cosas a broma y preguntó: ¿en qué idioma te hablaba? En inglés, respondí sin titubear. ¿De hombre o de mujer? De hombre, por supuesto.

Pero debo remontarme más aún, señor Farías. Recordará que recién llegados a esta ciudad no teníamos dónde vivir. Parecía tan difícil encontrar una casa. Temporalmente nos

hospedamos en los dormitorios de la Universidad pero debíamos desalojar tan pronto como se iniciaran los cursos. Un día vimos un anuncio en un periódico local: se rentaba un departamento amueblado en el segundo piso de una casa en las afueras de la ciudad. Raúl llamó esa misma tarde y concertó una cita con la dueña, una señora de nombre Giddings que vivía en el piso de abajo de la casa. Al día siguiente, después de almorzar, fuimos en autobús hasta el lugar. Descendimos según las indicaciones que la propia señora Giddings nos había dado y caminamos buscando la casa. Los espacios eran cada vez más abiertos, más arbolados, pero con menos gente alrededor.

Tan pronto vimos la casa nos gustó: era antigua y un poco lóbrega pero tenía un hermoso jardín al frente, cubierto de rosas rojas. Al lado izquierdo de la reja de la entrada había un letrerillo que decía "Al filo del bosque". No encontramos el timbre así que abrimos la pequeña verja de hierro forjado y avanzamos por un sendero hasta la puerta principal situada en el costado izquierdo.

La puerta de entrada era muy bella: la mitad superior emplomada, con cristales de color rojo, ámbar y azul, la mitad inferior de madera fina, sólida — cedro o caoba, no lo sé. La señora Jones, el ama de llaves, nos abrió. Nos identificamos, nos hizo esperar unos cuantos minutos y finalmente pasamos.

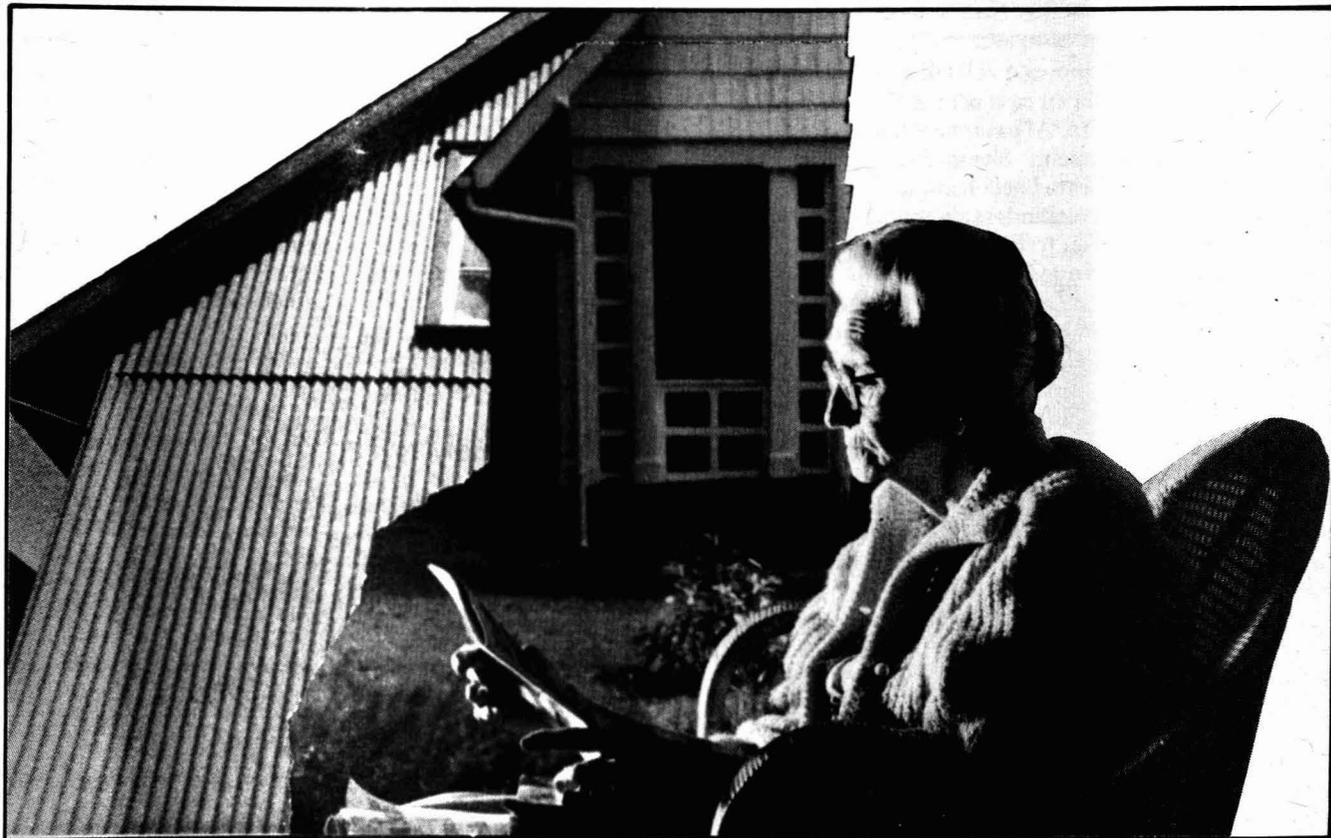
La señora Giddings era una anciana de cabello blancos, de gruesas gafas a causa de una semi-ceguera y con una constante sonrisa irónica a flor de labios. Sin alarde, en voz baja, nos hizo una sutil entrevista: ¿De dónde son? He tenido todo tipo de huéspedes pero nunca mexicanos. A ver... déjenme ver... tuve unos que eran suizos, otros canadienses y si mal no recuerdo la primera pareja que aceptó cuando quedé viuda eran unos alemanes, pero de eso hace ya algún tiempo... ¿Qué comen ustedes? ¿Cocinan con muchos condimentos? ¿Y usted, señor, a qué se dedica? Matemáticas. Nunca fui hábil para los números. Tal vez por eso respeto tanto a los que trabajan con ellos. ¿Maestro visitante? Ah, su año sabático. ¿Y usted señora? Dará clases de español, muy bien, muy bien. ¿Fuman? Ustedes comprenderán, no me gustaría que mi casa quedara impregnada con el desagradable olor a tabaco. Bien, desgraciadamente no puedo darles una respuesta inmediata pues una mujer sueca me ha escrito interesada en el *flat*. ¿Les importaría llamarme por teléfono durante el fin de semana? Entonces les tendré una decisión. Aun así haré que la señora Jones les muestre la casa.

La señora Giddings le pidió a su ama de llaves que nos enseñara el departamento. La escalera conducía a un largo pasillo. La sección que se renta empieza aquí, advirtió la señora Jones, aclarando que la recámara junto al rellano no estaba incluida en el contrato. La casa, señor Farías, tenía la

siguiente distribución: primero había una amplia y luminosa sala con dos ventanas que miraban hacia el bosque, alfombrada en color claro y con el tapiz de la pared en color azul tenue. El ama de llaves la llamó *sitting room* al mostrárnosla; se comunicaba por una puerta al pasillo y por otra, interna, a nuestra recámara. El *sitting room* y la alcoba eran las estancias más agradables y donde pasábamos la mayor parte del tiempo. A nuestra recámara le seguía otra para huéspedes y, frente a ambas, atravesando el pasillo, se encontraban el W.C. y, en un cuarto separado, el baño con una gran tina. Descendimos por unas cortas y pronunciadas escaleras y el ama de llaves nos mostró, del lado derecho, el comedor y, frente a él, la cocina. Esa era la parte más oscura y fría de la casa.

tardes, cuando yo me iba al instituto de lenguas, Raúl se quedaba sólo preparando sus clases. Y durante los fines de semana... bueno es entonces que prosigue mi historia.

Los domingos en la provincia inglesa resultan insufribles para una pareja de extranjeros sin amigos ni conocidos como nosotros. Al salir de México pensamos que alejándonos de nuestro medio, de amigos y familiares, tendríamos la oportunidad de llevar una relación más plena, más íntima, más real. Pero sucede que en Inglaterra, salvo en verano, no hay nada, absolutamente nada que hacer: los atractivos turísticos cerrados, el clima inhóspito, la gente va a la iglesia y se refugia en su casa a ver la *tely* o a comer en familia. Para su hijo Raúl eso no representaba problema. Él salía a comprar su periódico y luego se encargaba de preparar el desayuno.



Tres días después Raúl habló con la señora Giddings por teléfono: nos aceptaba como inquilinos. Cuando llegamos con nuestro equipaje, la señora Giddings nos puso varias restricciones: no fumar, ni irrumpir por ningún motivo en los espacios de la casa ajenos a nuestro departamento, principalmente la recámara junto a la escalera y el ático; nos pidió que siempre que saliéramos cerráramos las puertas de las recámaras por fuera. ¿Por fuera?, preguntó Raúl. Sí, contestó la anciana, sin mayor justificación. A propósito, añadió, los elegí a ustedes como inquilinos porque una mujer sola en una casa como ésta puede ponerse muy nerviosa, mientras que una pareja se acompaña mutuamente y además me sirve de compañía.

Nuestras vidas eran rutinarias y paralelas: tan pronto nos levantábamos Raúl preparaba el té y tostaba el pan mientras yo ponía la mesa. Desayunábamos. Yo lavaba y Raúl se-caba y acomodaba los trastos. Entre los dos tendíamos la cama. Raúl se daba un baño y se iba a pie a la Universidad. Durante las mañanas yo permanecía sola en casa y por las

Me despertaba y luego de desayunar yo volvía a la cama y él se pasaba el resto del día leyendo el diario y mirando partidos de futbol, rugby, cricket, tenis o el deporte de la temporada. No tiene usted idea, a menos de que lo haya vivido, señor Farías, de lo largo que puede convertirse un día al que sólo se responde porque o bien ya es hora de comer o porque ha llegado la hora de dormir. Una tarde, aburrida hasta la desesperación, le propuse a Raúl que saliéramos a caminar a la ciudad. Ibamos bien abrigados: las calles desiertas, ni un alma en el trayecto. La ciudad estaba fría, silenciosa, nublada. Pasamos frente a la iglesia católica. No soy practicante pero ese día se me antojó entrar. Cerrada. Continuamos rumbo al centro y no encuentro palabras para explicarle lo que sucedió a medida que nos acercábamos. Yo deseaba ver gente, sonreír, saludar, decir, como dicen los ingleses, *lovely day* —aunque fuera una mentira. A lo lejos una pareja venía hacia nosotros. Cuando, muy quitada de la pena miré hacia ellos, me invadió un miedo horrible, un miedo que no había sentido jamás. Voltee la cara. Casi habíamos llegado a la ca-

lle principal después de más de media hora de caminata. Nos encontrábamos ya en plena zona comercial donde proliferan tiendas y vitrinas. Pero no sé por qué se me ocurrió que las pocas personas que paseaban por ahí parecían tener algo en común que me molestaba. Sí, señor Farías, ellos eran de los que tenían que salir en un día tan triste y desolado. Le pedí a Raúl que volviéramos a casa. ¿Por qué?, me preguntó, ¿no estabas ansiosa de ver gente?

De vuelta a casa me prometí no volver a salir en domingo hasta que llegara el verano, aunque tuviera que quedarme todo el día en cama. Cerca de las tres de la tarde nos sentamos a comer. Después Raúl se distrajo con algún deporte en la televisión y yo me acosté a dormir. De esa tarde datan las primeras palabras que recuerdo: "Todos los hombres son mortales", dijo. "La muerte es blanca como la nieve. Vendré a ti para encarnar tus sueños. No somos más que un escupitajo que Dios arrojó al mundo".

Unos días antes, un jueves que Raúl se había ido a la Universidad, me quedé sola en casa ocupándome del aseo. Trabajaba con la aspiradora. Al pasar cerca de su escritorio empecé a arreglar sus papeles. Siempre había despertado mi curiosidad saber qué tanto hacía Raúl que lograba abstraerse tan profundamente aislándose de todo lo que lo rodeaba cuando se embebía en su trabajo. Al poner en orden sus papeles leí, sin mala fe, lo que había escrito: noté que combinaba premisas y jugaba con ellas de manera algebraica. Apunté una de sus frases: "Por un punto exterior a una línea dada pueden trazarse más de una paralela o, alternativamente, ninguna paralela". Apunté la frase no porque me resultara particularmente sugestiva sino porque pensé que en algún momento podría preguntarle a Raúl qué significado tenía todo aquello.

Siempre que Raúl llegaba a casa me silbaba para anunciarse. Cuando él volvía yo había terminado con el quehacer, me había bañado y lo aguardaba para almorzar. Inmediatamente después me marchaba al instituto. Ese día, mientras me bañaba, escuché que tocaban la puerta del baño. Alguien me llamaba por mi nombre. Tuve miedo. ¿Quién?, pregunté. ¡Abre! ¿Quién es? Yo... ¿Raúl? ¿Quién más, caramba, abre! Me estoy bañando, contesté, un momento. Cuando salí, en bata y con una toalla en la cabeza, encontré a Raúl en la cocina leyendo el diario. ¿Qué haces aquí?, pregunté. ¿Qué más? Vine a almorzar. ¿Pues qué horas son? La una. No se por qué me retrasé tanto... ¿Me quieres explicar —preguntó Raúl extrañado— por qué te encierras con llave? Es que tengo miedo, confesé. ¿De quién, si estamos tú y yo solos? No lo sé; cuando me lavo el cabello y me encuentro con los ojos cerrados intuyo la presencia de un ser extraño. ¿Un ser extraño?, cuestionó Raúl. ¿Te acuerdas de mi pesadilla del otro día? Pues eso mismo: alguien que se dirige a mí y me habla. Raúl lo volvió a tomar a broma. ¿Ya ves? Por eso no te quería contar. Vamos, Claudia, no te enojas, yo también estoy jugando. ¿Tú también? Pues yo no. ¿Sabes lo que me hace?, le confíé buscando su comprensión: cuando estoy sola en la cocina me juega bromas: me cierra la puerta y no me deja salir, me abre la llave del grifo mientras estoy ocupada, me esconde las cosas. No sabes cómo me asusté al principio. Ahora he tratado de tomar las cosas con calma y he buscado de ganármelo para vencer el miedo. Cuando estás en casa se refugia en la parte de atrás: en el comedor o en la cocina, por eso son tan fríos. Los domingos, mientras estás en el *sitting* mirando la televisión, entra en la recámara y me habla... Es verdad, Raúl, créeme. Entiendo que no me creyera, señor Farías, su hijo era tan escéptico y tan desconfiado...

Pensé que salir de la casa entre semana podría ser un alivio. Un día me decidí a ir a una de las boutiques más exclusivas de la ciudad a comprarme un vestido que me había gustado pero que estaba por arriba de mi presupuesto. Por aquella época estaban de moda el negro y el violeta. Las vitrinas de la tienda estaban decoradas con esos colores.

Dentro de la tienda había abundante ropa, espejos, bellas dependientes; unos barandales cromados, que nunca remataban en ángulo recto, cercaban los varios desniveles del local. La alfombra era roja. Elegí un par de vestidos. Pasé al probador. Para mi sorpresa descubrí que no había gabinetes individuales sino un inmenso galerón donde numerosas mujeres se medían sus prendas unas frente a otras, reflejándose en la profundidad de los espejos que hacían a la vez de paredes. Una rubia se quitó el cardigan frente a mí para probarse una blusa. No llevaba sostén. A su lado, una mujer alta y pelirroja se quitó la falda y se quedó en pantimedias. Alguien más se paseaba desnuda poniéndose trajes de baño. De súbito me sentí rodeada de carnes: senos exuberantes como de nodriza, piernas blancas y transparentes, venas azulosas, dedos contrahechos, nalgas enjutas, senos como huevos estrellados, prepúberos colgados, nalgas rollizas, grasas, vello, huesos, celulitis, cabellos de colores disparados, pegados a la carne humana, a la carne femenina... Tengo acaso que explicarle, señor Farías, que no pude medirme los vestidos? ¿Que me vi forzada a abandonar la tienda sin comprar absolutamente nada? (Pero esta es sólo una digresión que poco o nada tiene que ver con el relato que ahora me ocupa).

Transcurrió el invierno. ¿Sabes lo que me dijo el otro día?, le confíé en otra ocasión a Raúl sin pensarlo mucho. Que odiaba a la señora Giddings. ¿Ah, sí? ¿Y qué más te dijo? preguntó él, burlón. Que tenía mucha sed. ¿Y la señora Jones, el ama de llaves, la odia también a ella? No lo sé, no me ha comentado nada sobre ella, contesté. ¿Y tú? ¿Tú cómo le caes? ¿Te odia a ti también? No sé por qué, a pesar de las bromas que me hacía, tuve la impresión de que el tema empezaba a molestarle.

Una mañana de abril me desperté escuchando que alguien tocaba el piano. La música provenía de abajo, de la casa de la señora Giddings. Los acordes eran tristes, melódicos, inspirados. Permanecí acostada disfrutando de la música, abandonada a su melodía. No podía imaginarme quién podría tocar a esa hora: no eran aún las siete de la mañana. Raúl dormía. Dudé entre despertarlo o dejarlo dormir. Me decidí por lo primero pero con tan mala suerte que en ese instante la música cesó. ¿Qué pasa? ¿No escuchaste? Alguien tocaba el piano de la señora Giddings y quise que lo oyeras. ¿A esta hora? ¿No me crees, verdad? Claudia: déjame dormir.

Esa misma mañana, señor Farías, cuando me encontré con la señora Giddings y le comenté que había escuchado una música inspiradísima, ella me miró extrañada y me dijo: lo dudo mucho, Claudia. Este piano no se toca desde que murió mi marido, que era concertista. Pobre, en la última etapa de su carrera, cuando estaba en su mejor momento, sufrió una fobia terrible. En sus ensayos tocaba maravillosamente, inspirado, como dijiste, pero cada vez que tenía que enfrentarse al público, a la sala llena de escuchas con sus miradas posadas sobre él, ansioso de oírlo, con el halo de los reflectores destacando su figura sentada al piano, se paralizaba y no podía tocar. Tuvo que retirarse en el pináculo de su carrera. Su fobia era contra el público. Debes haber estado soñando.

Doris, una amiga inglesa casada con un chileno, nos invitó

a una fiesta en su casa. Ella era mi colega en el instituto de idiomas. Era la primera vez que nos invitaba. Empezábamos a relacionarnos. Al llegar a su casa esa noche la fiesta me pareció muy animada. Había mucha gente bailando. Noté que las parejas seguían la música con poca soltura. Saludamos, nos servimos una copa en la cocina, cuando me percaté de algo: abundaban las ojeras abultadas, las papadas colgantes, los dientes rangones, los movimientos torpes, los rictus envejecidos. En la pequeña sala de la casa no cabía una pareja más. Al fondo, en el comedor, había una mesa con bocadillos. Algunas mujeres se habían apostado cerca y no dejaban de hablar mientras habrían sus enormes bocas para engullir un bocadillo tras otro y reían y chismorreaban. Los hombres se habían concentrado en la cocina a beber y a contarse chistes obscenos. Mi amiga Doris, que debe tener cerca

Vendré hacia ti en sueños que viviremos pulso a pulso y aliento por aliento". Empecé a ponerme nerviosa. "Somos un mal chiste de Dios. La virgen no lleva prenda alguna bajo su manto. Dios es un cornudo". Entonces, sin pensarlo, le tiré una bofetada y le grité en inglés: "shut up, shut up your bloody mouth!". El tipo me miró desconcertado con la mano en su mejilla. Raúl se puso de pie y se acercó a mí. Todo el mundo dejó de bailar. Doris me tomó en sus brazos e intentó calmarme. Ese hombre estaba blasfemando, lo acusé. Es incapaz, me aseguró Doris, lo conozco desde hace años, ven, salgamos a tomar un poco de aire fresco.

A partir de entonces, Raúl tomó una actitud negativa. Me reprochaba que llevara un vaso de agua junto a mí en las noches. Nunca tomas agua. De vez en cuando me da sed, le respondí. Espero que no tendrá nada que ver con tus fanta-



de cincuenta años, bailaba también muy quitada de la pena; la música cambió. Tocaron algo suave. Un anciano se deslizaba trabajosamente con las manos sobre las nalgas flácidas de su pareja. Un hombre, con los ojos desorbitados a causa del potente aumento de sus gafas, bailaba con la que parecía la única mujer joven de la fiesta además de mí. Pero cuando ella dio un giro noté que, aunque tenía buen cuerpo, su rostro era ya de gente mayor. Raúl y yo nos sentamos en un sillón, bajo una ventana. Una mujer obesa, colorada y totalmente ebria, ocupaba la mitad del sillón. Al notar a Raúl junto a ella empezó a hablarle. Me distraje observando perpleja hasta que escuché que alguien me invitaba a bailar. Acepté. Mi pareja tendría sesenta años. Bailaba sin hablar, resollando. Pero mientras yo seguía sus pasos y me dejaba llevar por la música escuché claramente que me decían: "aquellos que no son mortales no son humanos; los exaltados no son libres para actuar." Miré los ojos de mi pareja y sonrió al verme. Quise sonreír pero sólo logré hacer una mueca. Luego escuché: "La muerte es blanca como la nieve.

sías... Perdonará que incurra en detalles íntimos, señor Fariás, pero es importante que conozca los pormenores de la situación. Una noche Raúl trabajaba en su escritorio mientras yo veía la televisión en la alcoba. El terminó de trabajar, entró a la recámara, se puso la pijama, se cepilló los dientes y se acostó a leer. Yo terminé de ver mi programa y procedí a cambiarme: ¿Se puede saber qué significa todo ese rito?, me preguntó Raúl. Nada, le contesté. Te estás desvistiendo delante de tu marido como si fueras una monja frente a la madre superiora. Ahora qué te pasa. Yo no quería discutir. Nada, dije. Espero que no será a causa de tus historias. No son historias. ¿Entonces por qué te desvistes así? En siete años de casados nunca lo habías hecho. Tomé valor y le contesté con toda franqueza: es que no le gusta que me veas desnuda. ¿A quién? A quién más, a la voz. Vi cómo se le encendió la cara de ira. Se levantó de la cama. ¡Ah, no!, dijo amenazante. Por favor, Raúl, nos está escuchando, no discutamos esto aquí. Si Claudia, dijo, buscando ser paciente; ¿te das cuenta de lo que está ocurriendo? Raúl, ténme paciencia, le pedí,

ayúdame, por el bien de los dos. Raul no me contestó. Se volvió a meter a la cama, me miró de manera suspicaz, apagó la luz y se acostó de espaldas a mí. Pude sentir que estaba furioso. Pero lo peor de todo, señor Farías, es que no pude explicarle a su hijo lo que ocurría. La voz aquella me tenía amenazada con hacerle daño a él, no a mí. En las noches, apenas me acostaba, me susurraba que no soportaba verme compartiendo la cama con otro hombre. Yo le explicaba que no podía hacer otra cosa y entonces me pedía que al menos durmiera del lado de la ventana para tenerme cerca. Era un vil chantaje, señor Farías; a cambio de no hacerle nada a Raúl me exigía que no usara cierto tipo de prendas, salvo que estuviera sola en casa y cosas más desagradables y que no tiene caso comentar pero me veía obligada a hacer porque se enojaba conmigo y de otro modo me hacía todo tipo de amenazas y quien peligraba no era yo sino su propio hijo, señor Farías.

Un día, cuando planchaba en el *sitting room* y Raúl trabajaba preparando sus clases, escuchamos una noticia en la BBC: un avión australiano había caído en pleno vuelo en la Antártida. Pasajeros y tripulantes habían muerto. Se trataba de un grupo de ancianos jubilados que habían fletado un avión para volar sobre el Polo Sur. Pero el propio piloto, cautivado por la blancura y por el paisaje, se había encandilado y fue a estrellarse contra una montaña de nieve. Su hijo Raúl sólo hizo un comentario que me dio pavor: "la muerte es blanca como la nieve" —dijo sin darle importancia a sus palabras. "Sin saberlo esos ancianos viajaron a la muerte". Me quedé aterrorizada. Usted dirá, señor Farías, que su hijo no solía expresarse en esos términos. Estoy de acuerdo. Que él, que era tan reservado, tan práctico, tan poco dado a hablar en imágenes, hubiera usado precisamente esa frase me resultó muy angustiioso.

La tensión entre nosotros aumentó. Durante las prolongadas noches de verano acostumbrábamos tomar un aperitivo antes de cenar. Mi problema empezaba a manifestarse hasta en los detalles más nimios. Teníamos roces constantes. A Raúl le gustaba mantener las puertas cerradas; yo, por presión externa, solía dejarlas abiertas. Raúl, aprehensivo como estaba, relacionaba todo con mi problema. Esa noche salí de la sala a la cocina por unos vasos y olvidé cerrar la puerta. Cierra, por favor, me pidió Raúl; ¿por qué has de dejar siempre las puertas abiertas? Por la razón contraria por la que tú las quieres siempre cerradas, le contesté. Mi respuesta lo molestó, pude sentirlo, pero guardó silencio. Luego se desató la crisis. A causa de mis preocupaciones internas yo confundía las cosas cada vez con mayor frecuencia: le llamaba macarrón al espagueti, brocoli a las coles de bruselas y, lo que es peor, ya empezaba a llamar a unas gentes con el nombre de otras. Sin querer llamé Rubén a Raúl en varias ocasiones. Lo mismo me ocurría entre mis alumnos y colegas del instituto. Había yo perdido el sentido de la precisión y empezaba a comunicarme por aproximaciones. Raúl me pasó mi copa. La probé y le pregunté: ¿qué me diste? Escocés, me contestó. Te pedí *sherry*, le aclaré. Me dijiste escocés. Entonces me equivoqué, repuse. Pues ahora te tomas lo que te serví, me ordenó, para que la próxima vez pongas atención. Fue en ese momento, señor Farías, que no pude más. Aventé la copa y rompí a llorar: le reclamé que cuanto hacía o decía le molestaba, que a sus ojos todos mis errores eran imperdonables y que cada vez se mostraba menos paciente conmigo. Exaltado, me contestó que todo provenía de la misma causa y que mientras no pusiera algo de mi parte no podríamos llevarnos como antes. ¿Qué quieres

que haga?, le pregunté. ¿Vamos a ver a un médico? Me sentí ofendida, señor Farías. Y, aunque usted no lo crea, mientras discutíamos yo escuchaba claramente la voz que me decía no vayas, es un cretino, no te puede hacer nada, mientras yo esté junto a ti no permitiré que te suceda nada.

Ha llegado el punto culminante de mi triste historia. Raúl y yo dejamos de hablarnos durante varios días. Yo tenía miedo por Raúl. Sabía que lo odiaban, que peligraba. Si me atrevo a contarle con todo pudor lo que sigue es sólo porque de otro modo esta carta carecería de sentido. Me he de abstenner, a propósito, de incurrir en ciertos detalles que resultarían vergonzantes para mí y seguramente indiscretos y grauitos para usted.

La noche en que culmina mi historia ya estaba yo acostada, lista para dormir; Raúl debía en la sala. Sé que era un hombre sumamente moderado que repudiaba todos los excesos. Pero desde aquella discusión que tuvimos bebía más de la cuenta; en ocasiones me despertaba y lo encontraba dando vueltas por el cuarto, pensativo, molesto; cuando por fin se acostaba lo sentía inquieto, insomne. Era cerca de la media noche cuando lo oí entrar a la alcoba. Me despertó: Claudia, te voy a demostrar de una vez por todas que esa voz que escuchas no existe y no ha existido nunca más que en tu cabeza. Tenía una mirada desafiante, turbia, agresiva. Le pedí que se calmara y que se acostara a dormir. Que si deseaba que habláramos lo podríamos hacer al día siguiente. Pero estaba tan perturbado como no lo había visto en mi vida. Si hemos de arreglar las cosas entre tú y yo vamos a hacerlo ahora mismo. Levántate en seguida, me ordenó a gritos. Lo vi tan decidido que no me quedó más remedio que obedecerlo. Mirando hacia el techo dijo: si acaso existes, manifiéstate ahora mismo. Luego se volvió hacia mí y me advirtió: o te saco esa historia de la cabeza o dejo de ser el que soy. Me ató las muñecas con su cinturón a la piceira de la cama y permítame omitir lo que sucedió después ya que no deseo empañar la imagen que usted debe guardar de su hijo, pero sépase que sufrí la peor humillación que puede soportar una mujer.

Yo indefensa, amarrada, lloraba no tanto por la vejación de que era objeto, ni por insultos y bravatas que Raúl gritaba, sino porque sabía que agresión con agresión se paga.

Una vez que desquitó su coraje me libró de mis ataduras. Al ver que lloraba y que me sentía avergonzada, mancillada, adolorida, Raúl cambió su actitud y volvió a tratarme como siempre lo había hecho, con respeto y con cariño.

Perdóname, me dijo, pero tenía que demostrarte en definitiva que esa voz no existe, que no ha existido nunca salvo quizá en lo más profundo de tu alma. Si no, ¿crees que me hubiera permitido tratarte como lo hice si, como dices, le molesta que me acerque a ti? Mi propio llanto no me dejaba contestarle. Cálmate, cálmate —intentaba persuadirme. Espero que a partir de mañana tú y yo volveremos a ser los de siempre. Me sonó la nariz, quise decirle que se callara, que dejara de hablar, pero mis sollozos y la desesperación que me embargaba me lo impedían. Ya, ya, continuó. Me condujo hacia la cama, me cubrió con todo cuidado y me dijo que iba por un poco de agua.

Esas fueron las últimas palabras que yo escuché de su boca. Quise gritarle que no saliera del cuarto pero la verdad es que, como al inicio de esta horrible pesadilla, mi voluntad se hallaba totalmente paralizada. Lo vi salir. No encendió la luz. Tan pronto cruzó el umbral las voces cesaron dentro de mí. No he excluido la posibilidad de que haya estado poseída porque en el momento en que abandonó la alcoba Raúl, señor Farías, su hijo, dejó de existir para mí.